Año 1954
1 Septiembre
ABC
68
(51)

EL CUMPLEAÑOS DE LA PENICILINA

698

Hoy, 1 de septiembre, la penicilina cumple años. Cuántos es cosa que con certeza ignoro. En una nota, recientemente publicada, se dice que fué en 1948 cuando se descubrió, pero se me antoja que, con una coquetería que bien se acuerda a su condición femenina, se le quitan años, ya que me parece recordar que, en plena guerra, Churchill fué tratado y curado con la mágica droga. Poco importa, después de todo, que éste sea su sexto o su décimo aniversario: es lo mismo. El hecho es que fué, en efecto, un cercano 1.º de septiembre el día en que los maravillosos soldados de la penicilina libraron batalla contra los ejércitos de la muerte, y el doctor Alexandre Fleming, quien los llevó al combate, al triunfo, en suma, y quien redactó el parte de la victoria. En ese mismo día, sin saberlo, las sociedades de seguros rectificaron sus tablas de mortalidad, la vida media del hombre se abrió como un abanico de mandarín, y lo que poco antes había dicho Alexis Carrel que era igualmente difícil en el siglo XX que en el XVII alcanzar la dorada cima de los ochenta años, dejó de ser cierto.

La suerte sonrió al doctor Fleming y le ayudó, sí, pero limitadamente. No es que el descubrimiento de la penicilina se le ofreciese de un modo inopinado y gratuito, sino que salió al encuentro del investigador que, desde tiempo atrás, lo perseguía. También fué una suerte, si a mano viene, que la famosa manzana cayera a los pies de un Newton avizor y pensativo, pero, como ya en otra ocasión dije, con la humildad lógica, a mí se me hubiese podido caer el manzano entero y, si de mí dependiese, la ley de la gravedad seguiría aún informulada. Suerte hubo, también, en los éxitos de los cazadores de microbios que Paul de Kruif historia en su viejo libro, tan bellamente traducido por D. Federico Portillo; suerte en aquel conserje de Delft que, a través de los lentes por él mismo construídos, vió en la gota de agua seres que pululaban ajenos a que la mirada de Antonio Leeuwenhoeck era la declaración de guerra del genio humano; suerte en aquel Spallanzani, que negó la doctrina de la generación espontánea, que afirmó—y supo demostrarlo—que los microbios tenían padres, y en Pasteur, que dió la voz de alarma y denunció que la actividad de los animales subvisibles perseguía la destrucción de nuestros órganos vitales, la propagación de las enfermedades, la explanación, en suma, de las vías minúsculas y secretas por las que el fin nos llegaba—¡ay, y nos sigue llegando!—irremediablemente. Pero ¡cuánto tesón, cuánto estudio, cuánto heroísmo fué preciso acuñar para que la suerte lo fecundase!

Esa alianza de mérito y azar se produjo también en el caso de la penicilina, y a la cohorte benemérita de los Koch, los Raux y Bohring, los Metchnikoff y tantos otros más, el nombre de Fleming unió su propia guirnalda.

Resulta casi absolutamente justificado que de varios lugares de España se hayan alzado distintas voces para que la fecha no pase inadvertida y sugiriendo la celebración de diversos homenajes en honor de ese sabio ejemplar. Barcelona, invita a que se envíe a Fleming, a su casa de Davners Street, en Cheyne Wolk, Londres, una tarjeta postal como muestra de gratitud, y Gijón, más resueltamente, se dispone a erigirle un monumento, evidenciando así una sensibilidad de la que bien puede enorgullecerse.

¿Quién, pienso yo, puede merecerlo como Fleming? ¿Quién habrá hecho a su igual tanto bien a tantos? ¿Quien, con más atributos que él, tiene derecho a intitular la gran avenida, a ocupar la glorieta del jardín o a sonreír, con su aire modesto y leve, un poco sorprendido, desde el bronce o la piedra o al mármol? ¿Quién, a su igual, podría ser el centro de la devoción unánime de los hombres de 1954? ¿Qué comunista le regatearía sus plácemes, qué poderoso le menospreciaría, quién, negro o blanco, rojo o blanco—y ésa es, por desgracia nuestra, disyuntiva más extrema que la otra—se atrevería a disminuir su mérito o a negarle su laurel? No; todos sabemos de qué le somos deudores, y puesto que los que nos sigan, aunque sean, como nosotros, beneficiarios suyos, lo olvidarán, pese a que habrán de vivir un mundo sin plagas juveniles, sin pulmonías mortales, sin muchas de la taras, en suma, que ensombrecieron el nuestro, y todo por obra y gracia de Fleming, bueno será que saldemos ahora, y cuanto antes mejor, la deuda que con él hemos contraído.

Hagamos algo, pues, los que vivimos en Madrid, en pro de este hombre magnífico. Busquémosle, por ejemplo, un rincón entre viejos árboles y las flores nuevas del Retiro, y grabemos allí su faz y su nombre. No se me escapa que podría abrirse, siguiendo fórmulas tradicionales, una suscripción pública con ese objeto, pero yo miro con muchas reservas ese sistema. La gratitud medida en cifras da casi siempre mezquinos sumandos. Por otra parte, ¿qué suscripción ~~cabe~~ más pública que la de los arbitrios municipales, sea cual sea la voluntariedad con que se preste? ¿Por qué el Ayuntamiento de Madrid no nos acorre y se brinda, intérprete de un sentir "nemine discrepante", a servir la fama universal de ese londinense que salva, a diario, la existencia de tantos madrileños y contribuye no poco al lucimiento de nuestros balances demográficos? Permítaseme suponer que serían legión aquellos de nuestros convecinos que aplaudirían una iniciativa conducente a ese fin, ya que apenas, en efecto, si existirá uno solo que, directa o indirectamente, no se haya lucrado de su sabiduría y de su esfuerzo.

Hagamos algo, sí, al honor de Fleming. Yo evoco los tiempos iniciales de la penicilina, cuando se hablaba de ella—aun no llegada a España—como de una milagrosa panacea, cuando se la reverenciaba como a una reliquia infalible. Adquirida, en aquella etapa inicial, con el riesgo del contrabando, al precio de la influencia en unos casos o del oro en otros, todos sabemos lo que representaba de confianza y de fe la entrada en la alcoba del enfermo de los pequeños frasquitos en los que la sustancia misteriosa prometía derrotar a la fiebre, devolver la salud, huir del sepulcro... Algún ser querido se nos marchó a todos para siempre, al borde de la tierra de promisión, herido en la última batalla—doncel de Sigüenza—y de la última bala perdida. Pero hoy ya no es lo mismo y hasta el más pobre de entre nosotros duerme como un rey antiguo protegido por su guardia, mientras millones de seres, cuya leva Fleming hizo posible, están dispuestos a desembarcar en nuestro socorro, a la hora Hache, y a batirse a lo largo de nuestras venas, tras las trincheras de nuestros tejidos, contra las asechanzas de los microbios hostiles, heraldos del crimen. Fleming es el nombre del gran capitán que guía sus banderas y en el aniversario de aquel sol puro que lució un primero de septiembre en su laboratorio, nuestro corazón, emocionadamente, le vitorea.—Joaquín CALVO-SOTELO.